

## SOLEDAD

Soledad no quería morir. En realidad no le daba miedo la muerte, pues a lo largo de sus 52 años de edad, había aprendido a asimilarla como el final de toda vida, y se había acostumbrado a pensar en ella con naturalidad. Lo que temía era el olvido, porque es así de complicado; cuando una persona muere algo de ella queda en vida mientras alguien le recuerde, pero cuando también fallecen todos los que alguna vez se acordaban de ella es como si, de pronto, lo vivido no fuese real, como si no hubiese valido para nada. Y ese era su mayor miedo.

Sabía que no tenía a nadie; nadie que al morir ella reclamase su cuerpo; nadie a



quien dejar su herencia. Por eso mismo nunca se había preocupado de hacer un testamento. Era consciente de que nadie le echaría de menos, que nadie lloraría su muerte, que nadie iría a poner flores a su tumba, que nadie volvería a pensar en ella después de que hubiese muerto. Y, a pesar de todo, era algo que le dolía.

Cada mañana se levantaba sola en su pequeño apartamento y, mientras preparaba el desayuno consistente en una taza de té con dos cucharadas de azúcar y una tostada con mermelada (el mismo desde hacía más de 34 años), reflexionaba sobre su vida,

sobre si todavía merecía la pena. Sentada en un viejo sillón rememoraba las tardes felices, los días con sentido, o simplemente, se acordaba de aquellos momentos en los que aún era consciente de que el tiempo pasaba.

Las fotografías antiguas y amarillentas, los libros gastados y estropeados, algún que otro cuadro pintado por ella misma en tiempos mejores y una televisión cubierta de polvo eran sus únicos compañeros. La cama, en un rincón, con las sábanas desechas, esperaba como cada día que llegase su hora de ser útil, pues ni siquiera su existencia tenía un por qué en esa casa. Soledad apenas salía; prefería marchitarse ella sola, tras la ventana, alejada de una realidad que le hacía daño. Y sentada allí, tras las cortinas, escribía notas en un cuaderno. Escribía todo lo que había aprendido a lo largo de la vida, incluso el más mínimo detalle que para una

persona normal hubiese sido nimio, porque para ella era un tesoro, un resto de lo que creía que era el sentido de la vida, la finalidad para la que nacemos: aprender a sobrevivir siendo felices. El problema, pensaba, es que cuando una persona ha aprendido a superar cualquier obstáculo ya es demasiado tarde para poder ponerlo en práctica.

El día que murió, Soledad se despertó dulcemente, aunque con una opresión por todo el cuerpo, como si él ya supiera cuál era su destino. Llovía, nadie paseaba por las calles y las gotas de agua tamborileaban en los cristales dando una falsa sensación de calma y paz en todos los hogares. Soledad andaba arriba y abajo por la habitación, despacio, sin prisa, cuando oyó un pequeño grito y se asomó por la ventana: en la calle, una niña pequeña ,tirada en el suelo, chapoteaba y jugaba sin importarle que esa tormenta de primavera la calase hasta los huesos, disfrutando del momento, buscando lo bueno de la situación. Y, entonces, lo entendió todo; entendió, por fin, que sólo hace falta ser un niño para vivir, para mirarlo todo desde la otra perspectiva y poder ver siempre el vaso medio lleno aunque en realidad sólo queden unas gotas.

Cuando se hizo de noche se acostó, se metió en la cama con una sonrisa, de nuevo feliz como hacía mucho tiempo que no lo había sido, y murió. Ella ya lo sabía. Nos pasamos la vida intentando encontrar un sentido a todo, una respuesta inútil, pues cuando al final lo descubrimos, es demasiado tarde.

**Irene de la Fuente 3º ESO**

